

Sacerdote, «otro Cristo»

HOMILÍA DEL VENERABLE JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA.

SANTA MISA CONCELEBRADA EN LA CASA MADRE
DE LAS HH. OBLATAS DE CRISTO SACERDOTE.

FIESTA DE CRISTO SACERDOTE – 1971.

Mis amadísimos hermanos sacerdotes; Hijas mías Oblatas de Cristo Sacerdote; religiosas, Esposas de mi Señor, y amados hermanos todos en Nuestro Señor Jesucristo.

Introducción.

Hago mías las palabras del Santo Evangelio “Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum” (Lc. 22, 15). Son ya siete años en los que el Señor me ha pedido el sacrificio de no celebrar con vosotros esta fecha, para todos muy amada, y por todos querida, -concesión singular de la Santa Sede a esta amadísima Congregación de HH. Oblatas de Cristo Sacerdote -: la Fiesta de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. El Señor, por fin, me concedió esta alegría y satisfacción gozosa.

¿No os podría yo decir a vosotros, amadísimos sacerdotes, o recordar a vosotras, amadísimas Oblatas, religiosas y hermanos míos, lo mismo que San Pablo ha dicho en la Epístola que acabamos de escuchar: “sobre lo cual, tenemos mucho que decir de difícil inteligencia”? (Hb. 5, 10).

Como ignorante, siempre audaz, me atrevo a presentar breves consideraciones y sencillas reflexiones que pueden hacernos vivir el momento que ahora estamos disfrutando como gracia no pequeña del Señor.

I – Cristo.

Sacerdos alter Christus.

Podemos afirmar que la definición más exacta de Sacerdote, es la que tomó para su Encíclica “Ad Catholici Sacerdotii”, Pio XI, al definirle: “Sacerdos, alter Christus”, escribiendo después sobre ella, bellas páginas, siempre inolvidables. ¿No os parece que, según esa definición, nosotros en meditación recogida y fervorosa, piadosísima e íntima, podemos discurrir un poco, acerca de esa figura de Cristo, ya que nosotros somos “otros Cristos”, y hemos de ser como Él en todo?

Tres momentos en Cristo.

La figura de Cristo se encierra en tres páginas fundamentales de su Historia: su Encarnación, su vida y la consumación de su existencia mortal en el sacrificio de la Cruz, coronada después con la triunfal resurrección y gloriosa ascensión a los cielos.

Encarnación – Sacerdocio.

Todos sabemos que la Encarnación –misterio inefable- consiste en la unión en una sola Persona Divina, la segunda de la Trinidad Augusta, de dos naturalezas: la humana y la divina. Penetremos un poco en este misterio. La naturaleza divina al unirse a la humana, forzosamente la consagra. Lo divino siempre consagra; y así quedó consagrada esa humanidad, naturaleza humana de Cristo, que en mente de Santo Tomás había de ser, precisamente, el instrumento de la redención, ya que el alma sufría y el cuerpo moriría en la Cruz

-concepto radical de “víctima”-. Esa consagración nos da la grande y hermosa realidad de un sacerdote, el único, el eterno, el Sumo Sacerdote, el Santo Sacerdote, el Verbo hecho carne, Cristo el Ungido, Jesús Salvador. ¡Qué bella es esta primera página en que se nos presenta la gran figura de Cristo, como Sacerdote, que después nos entusiasmará, nos enamorará y como arrastrará para ser sus seguidores, no desde lejos, como Pedro en la noche de su Pasión, sino de cerca, a su lado, con Él!

Sacerdocio – llamada.

Cristo, empero, no se arroga a sí mismo el Sacerdocio. Haciéndose Pontífice, no toma para Sí ese honor, sino que lo recibe de Aquel que le dijo: “Tu eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedech” (Hb. 5,6: 7,17). Esa consagración que realiza el Sacerdocio, va precedida de una especie de llamada amorosa -vocación- del Padre Celestial. Llamada amorosa que verifica la consagración sacerdotal -Encarnación- hace exclamar a San Pablo en palabras del salmista: “Tu eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (Hb. 1,5:5,5). “Tú eres Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedech” (Hb. 7,17)

Alleluia. Ya tenemos Sacerdote permanente, único, santo, eterno. Santidad y Eternidad, características esenciales del Sacerdocio de Cristo.

Cristo Sacerdote – Vida – Misión.

Y ahora, su Vida, la segunda página hermosa de la historia de Cristo.

Su vida no será más que el cumplimiento perfecto de una misión encomendada. Aquél gesto sincero del Verbo: “Pater, ecce ego” (Mt.

23, 34), se va a convertir en el generoso: “Pater mitte me”. Y, este concepto de misión, de tal manera absorberá esa vida, segunda página hermosa de la figura de Cristo, que, por antonomasia, va a ser conocido por “El Enviado”.

Pero, esa misión, ¿en qué consiste? No elucubremos, porque no es necesario. Palabras del mismo Cristo, escritas en el Santo Evangelio, nos darán a conocer qué entiende Él por su misión.

Misión – Voluntad del Padre.

Clara y rotundamente lo afirma: No he venido mas que a cumplir la Voluntad del Padre, que es el que me envía; pero, en tal grado, que esa voluntad del Padre, constituye la quintaesencia de toda su vida, de su propia vida en la tierra, hasta el punto de decir esta frase preciosa: “Yo hago siempre lo que agrada al Padre” (Jn. 8,29).

¿Qué más se puede decir para explicarnos en que consiste su misión? Lo dice claro, terminante, concreto: “Quae placita sunt ei, facio semper”. Yo hago siempre lo que más le agrada al Padre, lo que más le consuela, lo que más le satisface, lo que más le honra, lo que le hace sentir “suma complacencia al contemplarme Su Hijo amado” (Mt. 3, 17; 17,5). Como si dijera: no tengo más obsesión en mi vida de “Enviado” que dar a Ese que me envía, gloria infinita, dándole mi amor, así mismo infinito, con este corazón, símbolo de un amor infinito de Dios y Hombre verdadero. ¡Qué hermoso todo para decir en qué consiste el cumplimiento de esa misión divina! Pero, en realidad práctica, ¿cómo?

Misión – testimonio.

Lo va a decir en momento supremo, después de haberse jugado y perdido la vida al declarar que es Hijo de Dios, y cuando faltan momentos, tan solo, para que se ejecute la sentencia. El Enviado del Padre ha venido a cumplir esta misión sagrada que será: evangelizar, anunciar la buena nueva, que vive, que vibra y palpita en toda la predicación de Cristo, desde el Sermón de la Montaña hasta el de la última Cena, y en toda ella, no hizo, sino enseñar la Verdad, esa Verdad que le llevará a la Cruz. Por eso decía: “Yo he venido a dar testimonio de la Verdad” (Jn. 18,37).

Misión – Servicio.

¿Y en qué consiste dar testimonio, pero darlo de verdad, y darlo de la Verdad? Cuando Cristo, enfrentándose no tanto con el objeto fundamental de la misión, sino con aquellas personas a quien ha sido enviado exclama: “Yo no he venido a ser servido sino a servir” (Mt. 20,28), presenta tres fórmulas precisas y exactas, que enmarcan su misión en la tierra. No filosofemos, no andemos por las ramas; vamos al tronco y a la raíz del vivir de Cristo. Camino, Verdad y Vida.

VOLUNTAD DEL PADRE – TESTIMONIO DE LA VERDAD – SERVICIO

Pero, servicio en un sentido auténtico, en grado tal, que desconcierta, porque llega a decir Pablo de este **servicio**: hasta tal forma se humilló, hasta tal forma se anonadó, se pulverizó, desapareció, que se hizo **obediente a todos**. Auténtico servicio de amor, total, absoluto, hasta la muerte y muerte de Cruz (Filp 2,7) que es la mayor prueba de este amor. Servicio incondicional, desinteresado total, permanente y hasta el fin.

Servicio - Sacrificio – Víctima.

Sí, hasta el fin; hasta el “Consummatum est”, tercera página Dios su Historia.

Un Sacerdoció que, supuesta la llamada, arranca de una consagración para cumplir sacramentalmente una misión divina, está llamado a llevar a cabo el sacrificio. Dos palabras que nunca pueden separarse: sacerdote y sacrificio.

Así, Jesucristo, Sumo, Eterno y Santo Sacerdote, cumplida su misión hasta el “Consummatum est” (Jn. 19,30), rubricó su Sacerdocio con el sacrificio. Es verdad, que toda su vida fue un sacrificio inmolado incruentamente y ofrecido al Padre por la Humanidad. Pero, había de llegar el momento de consumir su misión redentora con el sacrificio de una muerte real, física, cruenta en la Cruz del Calvario.

Toda su vida agradando al Padre, sí; alabando al Padre, dándole la máxima gloria y el máximo amor, ¿cómo habría de regatear a última hora su postura de entrega total, Él, el Enviado del Padre para cumplir su misión? El “fiat voluntas tua” (Mt. 26,42), de Getsemaní ante el silencio aterrador del Padre, y donde comenzó el martirio del abandono que forzaría a pronunciar la misteriosa palabra: “Dios mío Dios mío, por qué me has abandonado” (Mc. 15,34), había de tener cumplimiento perfecto en el sacrificio de la Cruz. Es el Sacerdote Eterno, que se abrasa por la Gloria del Padre. No te agradan los sacrificios de brutos animales... y es el grito de Cristo: “Pater, ecce ego mitte me” ofreciéndose víctima, porque solo Él agradaba infinitamente al Padre, satisfaciendo también la justicia divina, como alcanzó la meta de su misión. Él llenaría plenamente los tres elementos necesarios:

Sacerdote – Víctima – Sacrificio

Ahora, podría exclamar con perfecto derecho: “Pater, in manus Tuas commendo spiritum meum” (Lc. 23,46).

Este es Cristo. Así es Cristo. El Sacerdote. El Enviado. La Víctima del Sacrificio.

II - NOSOTROS.

Nuestra llamada.

Nosotros. “Otros Cristos”. Qué fácil es hacer notar el paralelismo que nos guíe rectamente por esas sencillas reflexiones.

La llamada. Nadie, dice San Pablo –lo hemos leído en la epístola– nadie, ni Él mismo, ni los demás son quienes para tomar este honor y darlo, si no es llamado de Dios, como ocurrió con Aarón. “Nadie puede arrogarse este honor...” (Hb. 5,4). Esta frase nos hace sentir todo el peso de la carta a los Hebreos. Cristo, en la sencillez de su parábola y en la sencillez de su palabra, nos lo va a decir con más claridad por San Marcos en el acto de la elección de los Apóstoles: “Subió al monte, llamó a los que Él quiso; y quedaron con Él” (Mc. 3, 13). ¡Qué expresiones más claras! Nada más que “los que Él llamó” ... y, “llamó a los que quiso”.

La narración de este hecho significativo y misterioso es como la aurora que anuncia la claridad meridiana de luz refulgente, al decir Cristo: “No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que yo os he elegido a vosotros” (Jn. 15,16).

Llamada predilección.

Sacerdotes queridos, ¿no es esto motivo suficiente como para caer en éxtasis de amor y gratitud? Él, Él y solo Él me ha llamado. Nadie más que Él, y lo hizo porque quiso. Predilección delicada que me hace recordar las palabras de Jeremías: “In caritate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans” (Jr. 31,3). Me llamó desde toda la eternidad y para toda la eternidad.

Ordenación – Encarnación.

Esa llamada tuvo una fecha memorable, cuando el “querer ser” se convirtió en **ser**; cuando queriendo ser sacerdotes por sentirnos llamados, lo fuimos por la ordenación sacerdotal. Fuimos consagrados sacerdotes. ¡Los consagrados al Señor! Este día vivimos una especie de “encarnación a la inversa”, que podríamos llamar “sacerdotalización”.

Sacerdotalización.

El Verbo al encarnarse se hizo Hombre, sin dejar de ser Dios. Nosotros al ordenarnos, quedamos hechos sacerdotes, sin dejar de ser hombres. En Él, la naturaleza divina, se unió a la naturaleza humana. En nosotros, a nuestra naturaleza humana se une algo así como una naturaleza sacerdotal, ya que recibimos un auténtico ser sacerdotal con todos los poderes para obrar conforme a ese ser. Operari sequitur esse. Sí; con mi naturaleza humana para mejor atender a los hombres, al poder decir con San Agustín, que nada humano es ajeno a mí. Pero, con ese ser y poder sacerdotal, como naturaleza participada, con tal realidad que, parodiando a San Juan que afirma: “nos llamamos Hijos de Dios, porque lo somos” (I Jn. 3,1), podemos decir: Nos llamamos sacerdotes porque lo somos. Y, lo somos, por participación del único Sacerdocio, del único Sacerdote. Sacerdocio Santo y Eterno del Eterno y Santo Sacerdote, Jesucristo; y, serlo así, amadísimos, es más hermoso y consolador que serlo por herencia, ya que, en este caso, supondría la muerte del testador. No. Nuestro Eterno y Santo Sacerdote, es un ser vivo, no muere. ¡Maravilla de las maravillas! La Encarnación, le consagró Sacerdote. Nuestra consagración nos ha “sacerdotalizado”. La Encarnación hizo al Verbo, “El Cristo”. Nuestra consagración sacerdotal nos ha hecho “otros cristos”.

Llamada – Misión – Voluntad del Padre.

Ya expuesta la primera página de nuestra historia, paralela a la Suya, se inicia la segunda en el momento mismo en que, ya sacerdotes, se nos encomienda una misión. “Sicut misit me Pater, et ego mitto vos” (Jn. 20, 21). La misma misión. Tiene, por tanto, su principio y base en el cumplimiento de la Voluntad de Padre para poder llamarnos como Él, “los enviados” –missus-Apóstol-. Misión y vida que tiene que configurarse con Cristo, Camino y Verdad: hacer lo que el Padre quiera, sea Nazareth, Jerusalén o Calvario. Hacerlo como al Padre agrade: “Quae placita sunt Ei”, para que encuentre en nosotros sus complacencias como Hijos muy amados. No hay que elegir el camino; el Camino, es Él, y nuestra consigna en el cumplimiento de la misión encomendada, ha de ser la Suya, la que vivió hasta el fin y repitió incesantemente: “Pater, fiat Voluntas Tua” (Lc. 22,42).

A nuestro generoso “Te seguiré adonde vayas” (Mt. 8, 19), responde complacido: “Irás adonde te envíe Yo” (Jr. 1,17).

Misión – Verdad – Servicio.

La misión será evangelizar como Él, según antes dijimos. Evangelizar, anunciar la buena nueva, que debe vivir, vibrar y palpitar en toda predicación dando testimonio de la Verdad, aunque esto nos lleve a la Cruz. Y, a tal punto ha de llegar el cumplimiento de nuestra misión que podamos decir como Él: hemos venido a dar testimonio de la verdad (Jn. 18,37).

Y este es el mejor servicio que podemos prestar y estamos obligados a hacer en fuerza de la misión encomendada, pues como Él, no hemos venido para ser servidos, sino para servir. Servicio, y lo repito con todo el ardor de mi alma, incondicional, desinteresado, total, permanente y hasta el fin. Que si Él se “humilló y se hizo obediente

hasta la muerte y muerte de Cruz” Filp 2,8), nosotros, debemos humillarnos hasta hacernos todo para todos (I Cor. 9,22).

Pero, ¡cuidado! no entendamos esto en el sentido de la hoy llamada encarnación, a ras puramente horizontal, humano, natural, sino tal como lo entiende San Pablo, a saber: sin perder el contacto divino y obrando como el hombre de Dios, hacerse el hombre de los hombres para salvarlos a todos ganándolos para Cristo.

Sí, hermanos míos: encarnarse, para sacralizar lo no sagrado; consagrándolo todo para sobrenaturalizar lo natural, para divinizar lo humano. No nos quedemos en lo temporal, hermanos queridísimos, sino elevemos todo a lo espiritual; que, como Él, que se hizo Hombre sin dejar de ser Dios, nosotros, nos hagamos todo para todos, sin dejar de ser sacerdotes.

Conjunción de la misión de Cristo y de la nuestra.

La Voluntad salvífica del Padre, cúmplala Cristo redimiendo a la Humanidad. Nosotros la cumplimos aplicando a cada alma esa Redención, salvando las almas. Para ello, la misión de evangelizar dando a conocer la buena nueva a través del testimonio de la Verdad, en servicio generoso hasta el fin, hasta el “Consummatum est”. Como Él. ¡Qué maravilla! Sí, en todo como Él.

Victimación.

En el sacrificio de la Cruz, Cristo fue Sacerdote y Víctima. En nuestra Santa Misa, repetición del Sacrificio de la Cruz de modo incruento, pero real, el sacerdote somos nosotros con Él; la víctima empero, es solo Él que glorifica y satisface infinitamente al Padre ¿Y nosotros?

Triple victimación.

1 – Respecto a nosotros

Sacerdotes amadísimos: Hemos hablado de las maravillas que, en nosotros, los llamados y enviados, se verifican al ser consagrados sacerdotes. Pero, ¿a qué nos obliga tamaña dignidad? Somos sacerdotes sin dejar de ser hombres con todas nuestras miserias y flaquezas humanas. Al ser sacerdotes por participación del Sacerdocio Santo de Cristo, se nos comunica una como santidad ontológica, la del Sacerdocio de Cristo, que no puede enturbiar nuestra miseria. Pero, ¿nuestro ser humano?

La dignidad sacerdotal que es un ser con todas sus consecuencias de poderes ministeriales, también tiene sus exigencias sagradas. No podemos ser contradicción ante Dios, ante la Iglesia y ante nuestra conciencia. Ser otros cristos, ser como Él por nuestro ser sacerdotal y nuestros poderes ministeriales – bautizo yo, bautiza Cristo; absuelvo yo, perdona Cristo – está exigiendo una santidad de altura cual corresponde a la dignidad. “Prae laicis” nos dirá el Derecho Canónico (c. 124).

Y, esa santidad que, por amor, nos hace semejantes a Él, (como Él obedientes, como Él humildes, como Él caritativos, etc.) reclama una victimación exigida por una sana y santa ascética sacerdotal. Si tu ojo te escandaliza, si tu mano o pie te estorba, arráncalo, córtalo, arrójalos de ti.

Victimación, aunque en el altar del holocausto nosotros mismos seamos el Isaac que hayamos de inmolar con tal de ser santos, pronto y grandes, tomando como consigna las palabras del Siervo de Dios,

Cardenal Spínola: “O la santidad o la muerte. Si no soy santo ¿para qué quiero la vida?”. Y esto, aun a costa de lágrimas de sangre, que son las lágrimas del corazón.

2 – Respecto a los demás.

La misión que impone nuestro Sacerdocio, es muy grave y trascendente. El Sacerdocio nos obliga a dar vida a las almas. “Ut vitam habeant et abundantius habeant”, (Jn. 10,10). Nos llaman Padres, y dicen verdad, porque damos vida. Pero ese dar vida ha de ser incluso a costa de nuestra propia vida. Es el deber sagrado del Pastor; dar la vida por sus ovejas. Es la victimación del sacerdote en el servicio de las almas, ofreciéndoles la mayor prueba del amor: dar la vida. Así, como Él hasta el “consummatum est”. Victimarse, consumarse, consumirse.

3 – Respecto al Padre.

De esta manera podemos presentarnos ante el Padre en el altar de nuestras Misas, lo más dignamente posible. Una santidad que ha requerido una victimación propia y una victimación al servicio de los demás, hasta dar la vida por todos como buenos Pastores de almas. “Hoc facite in meam commemorationem” (Lc. 22,19). Como sacerdotes cada día más santos, ofrecer a Cristo, consagrar a Cristo, inmolar a Cristo en el altar para honor y gloria del Padre. “Hoc facite...” Hacerlo una y otra vez; un día y otro; que si el sacerdocio dice relación al sacrificio, nos ordenamos sacerdotes, principalmente para celebrar la Santa Misa. “Accipite potestatem offerre sacrificium, mis-

“sasque celebrare tan pro vivis quam pro defunctis”, nos dijo el antiguo Ritual de Órdenes Sagradas. Y es que otros menesteres podrán cumplirse sin el Sacerdocio; pero, para consagrar en la Santa Misa el Cuerpo y Sangre de Cristo, es necesario haber sido consagrado Sacerdote.

Co-víctima.

Aún nos queda un detalle. A pesar de esa triple victimación en el altar, la víctima plenamente agradable al Padre, solo es Cristo.

Un tanto debe sonrojarnos considerar al Padre contemplando a su Hijo en el altar, como Víctima Inmolada; pero y ¿nosotros?... Si aspiramos a ser como Él, ¿por qué no víctimas ofrecidas? La transubstanciación hace que nada quede de pan y vino, y sí la carne y sangre de Cristo ... Oh, hermanos, sacerdotes queridos, si llegáramos por nuestra victimación a una especie de transubstanciación de manera que quedaran solo como accidentes, y fuéramos tan como Él que pudiéramos decir: “Vivo autem iam non ego; vivit vero in me Christus” (Gal. 2,20). Si no transubstanciación, al menos tan perfecta transformación, que la identificación más plena nos permitiera decir aquella definición: Soy Tú. No solo sacerdotes consagrados, sino, además, víctimas, inmoladas.

Pro eis et pro Ecclesia.

Hasta poco antes de morir, Cristo guardó intimidades secretas en Su Corazón. En la noche del misterio, del desahogo cariñoso, del Amor Sacerdotal Inmolado, instituidos los grandes sacramentos del Amor, la Eucaristía y el Sacerdocio, elevó al Padre su Oración Sacerdotal. Lo más bello que palabra humana ha pronunciado en la tierra. Su Corazón se desbordó: “Pater pro eis rogo et sanctifico meipsum” (Jn. 17,9).

Era su inmolación de víctima por nosotros los Sacerdotes; y era también una exigencia. ¿Cómo Él? ¿Por qué no? Luego añadió: “Sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me” (Jn. 17,30). Ahí está la Iglesia. Era su inmolación victimal por la Iglesia.

Pro eis et pro Ecclesia, debería ser la consigna de nuestra alma sacerdotal. ¿Hasta la victimación? “Spiritus ubi vult spirat” (Jn. 3,8). “Unusquisque in suo sensu abundet” (Rm. 14,5). No temamos al Señor. Amémosle y que el corazón resuelva.

Lo que no se puede dudar es de la actualidad de esta consigna. ¿Cuándo, como ahora, el Sacerdocio con su triple problema de vocaciones, perseverancia y santidad necesita oración y sacrificio? ¿Cuándo, como ahora, la Iglesia sometida a tanta prueba en todo su ser y vida, necesita de sacrificio y oración? Orar y sufrir es lo más urgente en estos tiempos que vivimos. Rogo et sanctifico meipsum pro eis et pro Ecclesia. Si nosotros no, ¿Quiénes?

Gozo – Gratitud – Fe – Plegaria.

¡Qué alegría! El ser otros Cristos con las consecuencias y exigencias respectivas, nos lleva a ser como Él en nuestra encarnación-consagración, en nuestra vida-misión, en nuestra consumación victimal. Saborear con el don de sabiduría esta verdad: soy sacerdote, solo sacerdote, del todo y para siempre. El llamado, el escogido, el predilecto, el consagrado. El amado desde toda la eternidad y para toda la eternidad. Por puro amor, sin merecerlo, sin ganarlo. ¿Por qué yo y no otros mejores que yo? Misterio de Amor. Como para derretirse de amor y gratitud.

Y, ante esta realidad admirable, fe, mucha fe, fe inquebrantable, fe en el Sacerdocio, fe en su ser perenne, fe en sus poderes ministeriales, fe en su perenne actualidad, fe en la verdad dogmática que encierra. FE, hoy tan combatida. FE, hoy tan necesaria.

No seamos egoístas, que este don que se nos ha regalado, hoy tan necesario y misteriosamente tan escaso en la Iglesia, sea objeto de nuestra plegaria. “Rogad al Señor de la mies abundante, que envíe operarios a recogerla” (Lc. 10,2). Muchas y perseverantes vocaciones. Muchos y santos sacerdotes. ¡Qué bien resuena esta plegaria dentro de los muros de esta Santa Casa, donde la oración y oblación “Pro eis et pro Ecclesia” constituye la vocación específica de estas Oblatas de Cristo Sacerdote! Que el Señor conceda, asimismo, a su Iglesia, muchas y perseverantes vocaciones; muchas y santas Oblatas.

La Virgen.

Y, la última palabra: la Virgen. Porque en sus entrañas virginales convertidas en templo divino, se verificó la consagración sacerdotal de Cristo; porque la Virgen le acompañó en aquella vida para ayudarle en el cumplimiento de la misión; porque la Virgen, respecto a Él, Madre de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote; respecto a nosotros, Reina de los Apóstoles. Frases del Concilio Vaticano II, precisamente en el Decreto de los Presbíteros, núm. 18, donde ofrece las ayudas con que poder responder a la exigencia de nuestra santidad sacerdotal. La Virgen, la Virgen al pie de la Cruz, la primera, la más perfecta, la más santa Oblata de Cristo Sacerdote, víctima en el momento del Sacrificio.

Conclusión.

Perdonad, hermanos de mi alma este desahogo. Ahora entenderéis la fuerza de mis primeras palabras: “Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum”. Gracias, Señor, porque al cabo de siete años, me lo has concedido. Gracias a todos los que estáis aquí conmigo concelebrando con quien sabéis es siempre para vosotros el mismo, ayer, hoy y mañana. Y, con estos sentimientos de gratitud, de amor, de gozo y de alegría, afiancemos nuestra Fe, cantando con fervor el Credo in unum Deum del Santo Sacrificio que estamos celebrando.